

ct

Informe para un policía volador

de
Mercè Sarrias Fornés

(fragmento)

Un espacio lleno de objetos que simula principalmente el despacho de Amelia, la madre de la protagonista, aunque a veces puede ser un café, un bar, un comedor hortera, una cocina antigua o un rincón de una calle.

La actriz interpretará los diferentes personajes a los que visita en su periplo. Lo hará de una manera naturalista, huyendo de la parodia, como si se estuviera contestando a sí misma.

Para conseguir establecer un juego entre la palabra y la acción, a veces se mantendrá la redundancia y otras se eliminarán acotaciones, según convenga.

ANNA

Es difícil aceptar que ha muerto, cuando hace dos días estaba aquí, frente a mi, mirándome, como si me hiciera un escáner de alta definición para estudiar milímetro a milímetro mi estado de ánimo y saber si el plano general era correcto, sin que se escapen las fisuras, sin dejarse engañar por cualquiera de los impermeables que nos ponemos para ir por la vida. – Al final, ¿Has decidido ponerte hierros en los dientes? Es una de las últimas preguntas que me hizo.

Hace cinco días que casi no salgo de casa. Me he quedado encerrada aquí, mirando las musarañas, fumando, cuando se suponía que había dejado de fumar, recordando, aunque nunca me haya gustado recordar. El ceremonial me ha dejado hecha polvo. Me ha estancado. Empiezas a entrar y a salir de fuera hacia dentro y de dentro hacia fuera y no sientes nada durante todo este paseo de familiares, amigos y desconocidos. Sólo miras. Un pañuelo rosa fucsia, un alto cargo del colegio de médicos llorando como una magdalena, una mujer baja y pequeña con un sombrero elegante pasado de moda y un hombre delgado, con un vestido demasiado viejo y gastado para pertenecer a su círculo de amigos. Registras las ausencias: Juan, su ayudante de toda la vida. Y las cosas extrañas: un coche amarillo entre la comitiva. *(Pausa.)* Y después esta acumulación de objetos grandes y pequeños: muebles, papeles, carpetas... Me duele hasta la cortina volando en la ventana. *(Pausa.)* He pensado en llamar a un trapero y pedirle que se lo lleve todo. *(Pausa.)* Pero no lo hago. *(Pausa.)* Me he comprado un paquete de Coronitas y las bebo una a una. *(Pausa.)* Paseo de puntillas por el comedor arriba y abajo y me concentro en las cenefas del suelo. *(Pausa.)* Me siento en su butaca. Intento ordenar una vez más mi cabeza, dispersa, la concentración imposible, fragmentos de ideas que vuelan de aquí para allá.

Vuelvo continuamente al momento en que la veo en el suelo, estirada, con la cabeza abierta y la mano del policía volador que me aparta y me dice: -tómalo con calma, Anita, ha sido un accidente. Lo siento, lo siento mucho, repite bajito. Y yo me quedo helada. Después la veo, en el suelo, con la cabeza abierta, la mano tendida y un objeto que ha rodado medio metro más allá. Es la pluma que siempre tenía encima de la mesa y que cogía a menudo para escribir, pero también para hablar con la gente, como si para hablar, debiéramos poner puntos, y comas y corregir lo que se dice, para poder ser más exactos.

Salgo a la calle. Pienso en el policía volador, en que cuando me toca me hace temblar, en que a

veces no entiende que necesito estar sola, en que me fui corriendo el otro día, cuando me propuso vivir juntos y aún no sé porqué. Soy incapaz de imaginarme con alguien. Siempre me he visto en singular, soy una mujer que pasea sola. A veces, ni tan solo estoy segura de poder compartir una taza de café.